TRADICIÓN DE SANGRE



Francisco Nievas

TRADICIÓN DE SANGRE

FRANCISCO NIEVAS MONTES

TRADICIÓN DE SANGRE

© 2026, Francisco Nievas Montes
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso previo del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Aunque la historia se desarrolla en el municipio real de Trasmoz y se mencionan instituciones públicas, cualquier parecido con la realidad de la localidad o con personas reales, vivas o muertas, es puramente casual.

PRÓLOGO

Recortes de prensa, 1933–1976

***Diario de Aragón*, 14 de septiembre de 1933**

"Hallados restos animales en las inmediaciones del Moncayo. Vecinos de Añón aseguran haber visto luces en el bosque y extrañas figuras encapuchadas. La Guardia Civil descarta actividad criminal, aunque no ofrece más detalles."

***El Diario de Tarazona*, 12 de agosto de 1944**

"Vecinos de Borja denuncian ruidos extraños y cánticos en la noche provenientes del bosque cercano. Algunos aseguran haber visto sombras que se movían alrededor de una hoguera."

***El Heraldo*, 22 de marzo de 1949**

"Desaparece un joven pastor en los alrededores de Trasmoz. Se encontró su zurrón junto a una cruz tallada en la corteza de un haya. La familia, sin noticias desde hace una semana, denuncia pasividad en la investigación."

***Gaceta del Norte*, 7 de junio de 1957**

"Rumores de ritos paganos en la comarca del Moncayo. Testimonios no confirmados apuntan a la existencia de un grupo que opera desde tiempos anteriores a la Guerra Civil. Algunos hablan de 'sacrificios' y 'purificación', pero las autoridades no han emitido comunicado oficial."

***Diario Pueblo*, 31 de octubre de 1966**

"Cinco excursionistas aseguran haber encontrado símbolos tallados en rocas y huesos calcinados cerca de Trasmoz. Uno de ellos sufrió un ataque de ansiedad y fue ingresado. El caso fue archivado sin mayores indagaciones."

***La Voz de Zaragoza*, 19 de noviembre de 1970**

"Un pastor local fue encontrado desorientado y con heridas inexplicables cerca de la ermita de San Bartolomé. Según sus declaraciones, fue perseguido por figuras encapuchadas durante una de sus rutas. Las autoridades no han emitido informe oficial sobre el incidente."

***Noticiero de Zaragoza*, 3 de enero de 1973**

"Incendio arrasa una cabaña abandonada en el monte. Entre las cenizas, se hallaron restos óseos no identificados. El informe forense desapareció misteriosamente semanas después. Nadie ha reclamado los restos."

Archivo del Ministerio del Interior, 18 de mayo de 1976 (Documento clasificado)

"Informe 78-B: Posible culto activo en la zona de Trasmoz. Se sospecha de actividad ritual con vínculos históricos. Se recomienda no intervenir hasta disponer de pruebas contundentes. Prioridad baja."

CAPÍTULO 1
DE CAMINO

Otoño de 1978, Castilla-La Mancha, día soleado como pocos y carreteras largas sin paradas. En este entorno se encuentra una modesta familia granadina. Un par de maletas y unos bocadillos es todo lo que necesitan para pasar unas muy esperadas vacaciones en Trasmoz, Zaragoza.

Esta familia se compone por el padre, Juan Ruiz, un hombre grande, tosco y fuerte debido a su trabajo como albañil, a la par que simpático y cariñoso con su familia; la madre, Ana María Gómez, una señora alta, de pelo rubio y con los ojos del color del océano; y su hija, Carmen Ruiz, una chica de trece años curiosa a más no poder e inquieta como un grillo atrapado en un vaso. Juan es un tipo equilibrado, pero se incomoda con facilidad. Ana María, por el contrario, es una mujer positiva y alegre.

Viajan en un SEAT 124 amarillo: el padre conduce, la hija lee un libro sobre ovnis titulado *Ovnis, S.O.S. a la Humanidad*, de J. J. Benítez, y la madre mantiene su mirada dirigida al plano paisaje que corre al otro lado de la ventanilla. Hacía un día estupendo, ni frío ni calor, y el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de anaranjadas hojas caducas.

Nada más entrar en la provincia de Guadalajara, debían parar para repostar. Tomaron un desvío de la carretera que les condujo a un área de descanso en la que había una gasolinera, un motel y un mesón.

Los tres bajaron del coche y cogieron sendos bocadillos para merendar antes de continuar con el viaje. Juan se dispuso a echar la gasolina. En ese momento llegó un gran camión, de unos quince metros, levantando un polvo terrible. El conductor se bajó del

vehículo y comenzó también a llenar el tanque. Se trataba de un hombre alto pero algo escuálido, con los ojos pequeños y la nariz aguileña.

Ana María, que había notado hacía un buen rato que ninguno de ellos sabía del todo bien cómo llegar a Zaragoza, decidió pedir indicaciones al hombre.

- Perdone, ¿podría usted indicarnos por dónde se va a Trasmoz?
- Buenas tardes, señora - respondió el camionero con una voz sorprendentemente grave -. Sin problema. Continúen por esta carretera sin tomar desvíos y pronto llegarán a Trasmoz. Pero, si no es mucho preguntar, ¿por qué quieren ir allí?
- Vamos de vacaciones. A mi marido le han dado unos días libres en el trabajo y conocemos a una pareja que nos deja hospedarnos en su casa a buen precio. ¿Acaso pasa algo?
- Se nota que vienen de lejos, cualquiera que haya visitado alguna vez Aragón conoce la oscura historia que envuelve a Trasmoz.
- ¿Qué historia? Seguro que no es para tanto.
- Si quieren se la puedo contar, pero mejor hablemos mientras tomamos un café.
- Perfecto.

Los cuatro entraron al mesón, pidieron unas bebidas y se sentaron en una rústica y gruesa mesa de madera de pino pegada a una esquina.

- Quizá cuando acabe con la historia cambian sus planes, al menos yo creo que es lo que deben hacer - advirtió aquel misterioso hombre -. Bueno, allá voy: a principios del siglo XII, Alfonso el Batallador conquistó toda la zona del Moncayo, donde se encuentra Trasmoz, y todo aquel territorio pasó a pertenecer a los monjes del monasterio de Veruela. Estos poseían todos los recursos: la madera, el agua, los animales. Pero el señorío de Trasmoz también necesitaba estos bienes, así que los tomaban sin permiso. Así comenzó una enemistad que acabó desembocando en

que, en mil doscientos cincuenta y tantos, el abad de Veruela y los monjes del monasterio, con el permiso del Papa, llevasen a cabo un ritual con el fin de excomulgar a todos los habitantes de dicho señorío, prohibiendo así su ascenso al reino de los cielos. Además, hay cientos de leyendas que relacionan a ese pueblo con demonios, brujas y demás seres indeseados.

- Usted lo ha dicho, son sólo leyendas. Ni las brujas existen ni los demonios andan a sus anchas por este mundo - reclamó Ana María algo nerviosa.
- Pues a mí me ha convencido - susurró Juan -. Seguro que hay mejores sitios a los que ir, quizá alguno sin demonios.

A Carmen, esta historia le había llamado bastante la atención pero, al contrario que a su padre, sus ganas de ir aumentaron. Finalmente, acabaron convenciendo a Juan y se dispusieron a volver al coche.

Cuando salieron a la calle, se percataron de que el camión ya no estaba. Entonces se dieron la vuelta para buscar con la mirada al camionero, pero este también había desaparecido.

- Habrá ido al baño - supuso Juan.
- ¿Y el camión? - preguntaron madre e hija al unísono.

El hombre no supo qué contestar.

Confusos, entraron al coche y prosiguieron con la marcha. Media hora más tarde estaba el sol escondido casi por completo, apenas quedaba luz natural. De hecho, lo único que iluminaba la carretera, además de los faros del coche, era la luna, que comenzaba a asomarse por el este.

Repentinamente, y causando un gran estruendo, un grupo de unos veinte murciélagos volaron hacia el coche con la mala suerte de que chocaron con este a gran velocidad. El impacto obligó a la familia a salir de la carretera y parar en el arcén para calmarse y ver que todos estaban bien. Efectivamente, todos estaban intactos. La cosa quedó en un susto. Juan bajó a revisar el coche y, tras despegar un par de cadáveres de este, vio que solo había una pequeña abolladura.

Ana María salió también del coche y comenzaron a fumar unos cigarros apoyados en el capó. El día se volvía cada vez más extraño. Entonces vieron una luz fortísima que se aproximaba por la carretera a toda velocidad.

- No será… - titubeó Juan.

Así es, se trataba ni más ni menos que del camión de la gasolinera que circulaba a 140 km/h en dirección a Zaragoza por la N-2. No los arrolló de milagro. El propio aire que empujaba el camión bastó para volar los cigarros a medio terminar.

El resto del viaje fue muy silencioso, todos estaban dándole vueltas al suceso del camión que había desaparecido, como una pesadilla que se disipa al abrir los ojos, pero ninguno compartió sus pensamientos.

Hora y media más tarde llegaron al malafamado pueblo. Se fueron abriendo paso por las estrechas calles hasta llegar a la casa en la que los esperaban sus amigos, una pareja sin hijos que iba a pasar unos días fuera de Trasmoz. Nada más llegar, los dueños de la morada les entregaron las llaves y se marcharon sin enseñarles siquiera las habitaciones.

Se trataba de una casa rústica, hogareña, típica de los pueblos del norte de la península. Las paredes eran de ennegrecido ladrillo y, los suelos y techos, de madera de castaño. En el salón destacaba una enorme chimenea de leña que, sin duda, les haría falta para soportar las gélidas noches aragonesas. Todas las ventanas de la casa daban a un impresionante paisaje natural.

Eran cerca de las diez de la noche y la familia estaba ya lista para irse a dormir. Juan y Ana María dormirían en la habitación principal, situada en la segunda planta, en una cama de matrimonio sorprendentemente cómoda. Y la niña dormía en la habitación contigua, en la cama de arriba de una antigua litera fabricada con madera de haya.

CAPÍTULO 2
PRIMER DÍA

A la mañana siguiente, se levantaron todos justo al salir el sol, tras despertarse por el canto de un gallo que vivía en una finca próxima a la casa. Bajaron a la cocina para hacer el desayuno, pero vieron que no había ni una miga de pan que llevarse a la boca. Entonces, decidieron salir a desayunar y, de paso, a comprar.

Por las calles no se veía ni un alma, cierto es que se trataba de un pueblo de solo 150 habitantes. Al entrar en la cafetería, rápidamente se acercó un mesero bastante joven para indicarles dónde sentarse y tomarles nota.

- ¿Qué van a querer?
- Para mi marido y para mí, dos cafés solos y dos tostadas de mantequilla, por favor - pidió Ana María.
- Y yo quiero un zumo de melocotón y una magdalena - añadió Carmen.
- En seguida.

Tomaron el desayuno, pagaron y fueron a la plaza del pueblo para comprar la comida. La plaza estaba decorada con unos banderines de colores que iban de balcón a balcón y, en el centro, se erguía una estatua de bronce a tamaño real de Gustavo Adolfo Bécquer, quien residió en el Moncayo durante unos años a mitad del siglo XIX.

En la dirección en la que miraba la estatua estaba la pequeña frutería de Elsa Zimmer, una joven de origen alemán que vino a España por amor.

- Buenos días.
- Muy buenas, ¿qué les pongo?
- Una docena de higos, un par de limones y una calabaza, por favor.

- Ahí tienen - dijo Elsa dándoles la bolsa -. Muchas gracias.
- ¡A usted!

Todo el mundo era muy amable, daba gusto escucharlos. A continuación, fueron a otra tienda de comestibles a por huevos, leche, pollo y pan.

Cuando iban ya de regreso a la casa, vieron a un hombre y a un niño sacando a la calle un robusto telescopio de acero y un par de sillas. Carmen, sin un ápice de la típica vergüenza que todo niño tiene a la hora de hablar con un extraño, se acercó al chico y le preguntó sobre el telescopio.

- Esta noche vamos a ver Saturno - dijo él con ilusión -. Dicen que hoy estará muy cerca y se verá muy bien.
- ¡Qué guay!
- Pues sí. Oye, ¿os gustaría acompañarnos?
- ¿Podemos mamá?
- Si al señor le parece bien… - respondió Ana María.
- Por mí perfecto - dijo sonriente el recién conocido vecino -. A las once nos vemos entonces.

Todos se despidieron y los granadinos llegaron por fin a casa. Antes de entrar, recogieron lo que parecía ser el periódico local que sobresalía un poco del buzón. La niña fue a su cuarto a leer, la madre se sentó en el sofá del salón y, a su lado, Juan leía el periódico. La leña crujía al quemarse en la chimenea, que había pasado la mañana encendida calentando la estancia.

De pronto, Ana María comenzó a notar que a su marido se le aceleraba la respiración.

- ¿Estás bien? - preguntó preocupada.

Entonces, miró el periódico y leyó el titular de la portada: "**TRES NIÑAS HAN SIDO HALLADAS SIN VIDA EN LA SIERRA DEL MONCAYO**", acompañado por una grotesca e increíblemente explícita imagen. La noticia explicaba que, a escasos kilómetros de donde se encontraba la familia, tres niñas que habían desaparecido dos semanas antes fueron encontradas por un cazador completamente mutiladas. En una entrevista, el hombre explicó que, a eso de las seis de la madrugada, se encontró a las chicas, todas de seis años, en un estado terrible: arañazos por todo el cuerpo, dedos

cortados, mechones de pelo arrancados de cuajo dejando hilos de sangre que caían por sus caras… Una auténtica atrocidad. También se explicaba, y esto es lo peor de todo, que el autor del crimen no había sido encontrado aún y andaba suelto por ahí.

Las caras de Juan y su esposa quedaron hechas un cuadro. Ana María tenía incluso ganas de vomitar, pero decidieron calmarse y, sobre todo, no contarle nada a su hija.

Llegó la hora de comer y, pese a la falta de apetito que tenían en aquel momento, prepararon un pollo al limón en el horno cuyo olor inundó la casa. Pronto, a todos les dio hambre y almorzaron con normalidad.

A las cinco de la tarde salieron a dar un paseo y conocer más lugares del pueblo. Uno de estos lugares fue el parque botánico que había a un par de kilómetros de la zona urbana del pueblo, pero el día era bueno y decidieron ir andando.

Para entrar al lugar, tuvieron que pasar bajo dos cipreses doblados, de forma artificial, que formaban un arco. El jardín estaba delimitado por unos muros antiquísimos de piedra cubiertos por hiedras. El suelo estaba completamente forrado con hojas y los caminos estaban bordados con flores blancas a ambos lados.

Al acercarse a un invernadero que había al final del camino, una mujer anciana salió de este. Se trataba de una señora muy mayor que caminaba encorvada. Tenía la cara llena de manchas y apenas le quedaban un par de dientes en la boca.

- ¡Buenas tardes! Bienvenidos al jardín botánico de Trasmoz. ¿Quieren que les guie o prefieren ir solos? - Saludó la mujer con una voz carrasposa y aguda.
- Será mejor que nos enseñe usted el lugar, si no le importa - respondió Ana María.
- Por supuesto, síganme.

Entraron todos al invernadero. Las paredes y el techo eran de vidrio y las plantas estaban en el mismo suelo. Ahí dentro hacía unos diez grados más que en el exterior.

- A la derecha tenemos las flores: lirios, rosas, campanillas, claveles… - nombró la anciana mientras señalaba una a una

las flores -. Y a la izquierda están las plantas frutales: fresas, limoneros y naranjos, frambuesos…

El sol anaranjado entrando por los cristales, las coloridas plantas, las flores, los frutos y el olor hacían que aquel fuese un lugar verdaderamente mágico.

Además, el invernadero estaba compuesto por dos secciones separadas por un pesado plástico blanco translúcido.

- Si vienen por aquí, pasaremos a la zona de las plantas aromáticas.

Inmediatamente al entrar, la esencia de todas las plantas que había allí reunidas golpearon las narices de los turistas dejándolos tan sorprendidos como maravillados. Las mentas, hierbabuenas, romeros, lavandas… daban una imagen colorida y tranquilizadora. Al cabo de un rato, los olores tan saturados se tornaron un poco agobiantes y la familia siguió a la guía hacia la salida.

Al salir por el extremo opuesto al que habían entrado al invernadero, se encontraban frente a unas veinte colmenas de abejas rodeadas por cientos, si no miles, de inquilinas que daban la impresión de ser una nube de humo oscuro.

- No se preocupen, las rodearemos y no nos harán nada - dijo la anciana con tono tranquilizador -. De aquí consigo la miel que vendo en el mercado. Les regalaré un tarro cuando terminemos.
- Muy amable por su parte - respondió Juan, algo inquieto por la presencia de las polinizadoras.
- ¡Vengan, vengan! Por aquí tienen la joya de la corona.

Se trataba de una laguna repleta de especies vegetales y animales: ranas, libélulas, peces de colores, nenúfares, juncos… También había un gran olmo junto al agua, cuyas hojas flotaban sobre la misma. De este árbol colgaba un farol de luz amarillenta que empezaba ya a alumbrar, pues se estaba haciendo de noche. Por esa misma razón, la visita al jardín botánico debía concluir pronto.

- Ha sido un placer enseñarles todo esto pero, cuando de verdad deben venir es por la noche, cuando brillan las

luciérnagas y todo queda iluminado por los faroles. Es realmente bonito.

- No dude que lo haremos. Antes de que se dé cuenta, estaremos de vuelta - dijo convencida Ana María, no había duda de que iba en serio.

Al llegar de nuevo al arco de cipreses, la guía botánica cumplió con lo dicho y le dio a Carmen un tarro de miel. Esta se lo acercó a la cara para ver bien las pequeñas gotas que flotaban por el dulce néctar dorado.

Cuando volvían, vieron que en la plaza del pueblo, por la que tenían que pasar para llegar a la casa, había mucha luz. Al acercarse, empezaron a oír música y muchas voces. Resulta que se estaba celebrando una fiesta, una especie de verbena popular. Estaban allí todos los vecinos del pueblo, había música en directo y se servían bebidas.

Decidieron quedarse un rato.

Estuvieron hablando con Elsa, la frutera; con el camarero que conocieron por la mañana, que resultó llamarse Antonio e, incluso, acabaron hablando con el alcalde del pueblo:

- Qué alegría me da saber que aún hay algunos turistas que eligen un municipio como Trasmoz para pasar sus vacaciones.
- Nos está encantando todo: la gente, los sitios de interés, la naturaleza. Debería venir más gente, no saben lo que se pierden - halagó Ana María.
- Pues sí pero, desgraciadamente, no es así. Hace años que no vienen visitantes, con lo que nos gusta que venga gente a animar el pueblo, sobre todo en estas fechas - respondió el político mientras esbozaba poco a poco una incómoda sonrisa.
- Que no se os olvide que tenemos que ir a ver Saturno a las once - interrumpió Carmen.
- ¡Es verdad! Lo sentimos mucho, pero tenemos que irnos. Hemos acordado con un vecino que íbamos a ver el cielo con ellos esta noche.

- No os preocupéis. Pasadlo bien y, si necesitáis algo, no dudéis en hablar conmigo. Suelo estar en el ayuntamiento, que es este edificio grande de la plaza.
- Muchísimas gracias, hasta la próxima.

Eran ya las nueve y media y la familia tenía aún que cenar antes de ir a su cita con el cielo nocturno.

Llegaron a la casa, prepararon unos bocadillos y se los llevaron a la calle. A eso de las diez y media estaban ya todos sentados tras el telescopio esperando a la hora exacta en la que el planeta anillado iba a brillar sobre todos los demás astros.

A eso de las once menos cuarto, un gran grupo de cometas atravesó el cielo dejando una imagen inolvidable en la memoria de todos los presentes. Y, cuando dieron las once en punto, un punto blanco comenzó a brillar con gran intensidad tras los cometas que aún cruzaban el firmamento. Cuando pegaron sus ojos al ocular del telescopio y apuntaron hacia la luz vieron, de gran tamaño y nitidez, al que es el segundo planeta más grande del sistema solar. Desde luego, esa noche estaba siendo inolvidable.

Cuando ya habían mirado todos por el telescopio, dispusieron las sillas formando un círculo y, mientras cenaban, comenzaron a hablar.

- Y… ¿Vosotros por qué estáis solos? ¿Dónde está tu madre? - preguntó Carmen al joven creando un ambiente tenso y demasiado silencioso.
- ¡Menudas preguntas! - le regañó Ana María -. Lo siento mucho.
- No te preocupes, no pasa nada. Resulta que su madre, mi mujer, desapareció hace ya tres años. Aún no la hemos encontrado y no sabemos si se habrá ido a otro lugar por cuenta propia o… - comienzan a brotar lágrimas de sus ojos.
- O si le ha pasado algo - concluyó el niño agachando la cabeza.
- Lo siento mucho - respondió Juan -. Espero que esté sana y salva.

Saltaba a la vista que era necesario cambiar de tema y recuperar la dinámica alegre. Pronto, retomaron el tema de los astros y continuaron mirando al cielo. Haciendo uso del telescopio vieron

también otros planetas, como Júpiter y Urano, y la Luna. Aquel aparato era realmente genial.

Al cabo de una hora, el sueño se estaba apoderando de todos y ya no había frase que no estuviese interrumpida por bostezos.

- Nosotros nos vamos ya, nos estamos quedando dormidos - dijo Ana María.
- Sí, y nosotros. Recogemos esto y a la cama.
- Muchas gracias por dejarnos usar el telescopio - dijo Juan.
- Gracias a vosotros. Esto habría sido mucho más aburrido si hubiésemos estado los dos solos.

Ambas familias se despidieron con la promesa de volver a verse.

Cuando iban de vuelta a la casa, Carmen fijó su mirada en una ventana por la que se veía, a contraluz por la propia iluminación de la habitación, la silueta de un hombre que parecía vestir una especie de túnica con capucha. Este tipo estaba llenando un zurrón con todo tipo de objetos de lo más inquietantes: cuchillos, cuerdas, lo que parecía ser una caja de cerillas… De pronto, el hombre giró la cabeza y miró por la ventana. A Carmen se le escapó un pequeño grito y corrió para alcanzar a sus padres, que iban ya bastante adelantados.

Llegaron a la casa y pronto notaron la inquietud de la niña.

- ¿Qué te pasa? Parece que has visto un demonio.
- Seguramente no sea nada, pero he mirado por una ventana y un hombre me ha asustado - respondió, aún algo temblorosa, la niña.

Tras contarles lo que había visto, Juan dijo que seguramente se trataría de un cazador y le quitaron importancia al asunto, pero Carmen no pudo conciliar el sueño aquella noche. Afuera, el viento susurraba entre los árboles, como si contara secretos que solo ella podía escuchar.

CAPÍTULO 3
SEGUNDO DÍA

Un nuevo día amaneció, y lo hizo acompañado del canto del mismo gallo que el día anterior. La familia se reunió en el salón y juntos comentaron todo lo ocurrido la víspera, tanto lo bueno como lo misterioso, mientras desayunaban algo de fruta.

La luz solar matutina entrando por las ventanas iluminaba miles de motas de polvo que flotaban por la habitación despreocupadamente. El silbido del viento y el canto de los jilgueros, abejarucos y demás aves de la zona daban la sensación de estar en medio de un denso bosque.

Juan enfocó la vista en un armarito con las puertas de cristal que había junto al sofá y vio unas cuantas cajas de poca altura apiladas y cubiertas por completo de polvo. Cogió la caja de arriba, la limpió un poco con la mano y leyó lo que había escrito en ella: "Parchís".

- ¿Os apetece una partida?
- ¡Sí, sí! - exclamó Carmen con alegría y con los ojos llenos de legañas por la falta de sueño.
- Por mí vale, pero que no dure mucho. Tenemos que aprovechar la mañana - advirtió Ana María.

La partida se alargó bastante: los triples seises eran frecuentes y los cincos se escondían. Una hora y cuarto más tarde Ana María se alzaba como la campeona.

- Otra, por favor - pidió la niña.
- No, ya está, ahora vamos a visitar la iglesia. Dicen que es muy bonita, que tiene una atmósfera… única. Después de comer jugamos otra vez - dijo la ganadora.

Esa misma mañana, una persecución por parte de la Guardia Civil tomaba lugar en la otra punta del pueblo. Un hombre sospechoso del asesinato de las niñas había sido sorprendido en su casa pero, tan pronto como oyó el coche oficial dar un frenazo en su puerta, saltó por una ventana, se montó en su moto y huyó del lugar. Tres coches y dos furgones perseguían al sospechoso mientras dos guardias civiles registraban la casa habitación por habitación.

Todas las habitaciones parecían normales, salvo por el desgaste de los muebles, el moho de las esquinas y las bombillas de la cocina y el baño fundidas. La sorpresa, por llamarlo de algún modo, llegó al subir a la primera planta. La moqueta repleta de manchas de sangre, las marcas de arañazos en las puertas y el arsenal de cuchillos y herramientas de jardinería que había desparramado por el suelo, todo ello acompañado por los acordes de una tétrica música clásica que provenía de la primera habitación que se veía nada más subir las escaleras, eran indicadores de que la búsqueda estaba llegando a un punto álgido.

Al abrir la puerta, un calor sofocante y un olor a putrefacción golpearon a los agentes, obligándolos a retroceder unos pasos, con el estómago encogido por lo que les esperaba dentro. En el interior esperaba una grotesca colección de ardillas degolladas y grapadas por la cola en la pared. Además, había también un par de gatos cuyos rabos y orejas habían sido arrancados de cuajo, dejando charcos de sangre por el suelo. Quizá la música servía para disimular los chillidos de estos pobres animales. La imagen era terrorífica, de esas que sabes que te van a acompañar para siempre, pero el registro de la casa debía continuar.

El alférez Lara y el teniente Castro, así se apellidaban los guardias, bajaron al sótano de la casa para encontrarse en una situación incluso más desagradable que la anterior: decenas de jaulas amontonadas con perros aún vivos en su interior. Unos tantos lloriqueaban mientras que otros no tenían fuerzas para hacerlo. Se encontraban en un estado deplorable: estaban en los huesos, no tenían agua y los excrementos destacaban por su exagerada abundancia. Allí abajo había también una mesa que sostenía lenguas de vaca, ojos de cordero y corazones de cerdo. Las especies a las

que pertenecían estos órganos fueron confirmadas por forenses un par de días después.

Apresuradamente, los policías salieron de la casa para respirar aire fresco, acto que interrumpieron irónicamente para encenderse un cigarro.

Al cabo de una hora, todos los perros habían sido llevados a un refugio, donde serían alimentados y desparasitados.

La zona había sido acordonada, llamando la atención de todo el pueblo. Además, todos los investigadores, criminólogos y periodistas que ya conocían lo ocurrido se presentaron en la casa y comenzaron a explorarlo todo como si de un museo se tratase, mientras la música aún seguía sonando en la planta de arriba.

3

Cuando llegaron a la iglesia, Juan se detuvo frente al imponente portón de hierro. La fachada del edificio era propia de una importante catedral gótica, con un altísimo campanario y unas paredes saturadas de ornamentos. Junto a la puerta había una placa en la que se leía "Iglesia de la Virgen de la Huerta", seguido por los nombres de los soldados nacionalistas fallecidos durante la Guerra Civil en el pueblo.

Dentro de la iglesia se encontraban Cícero Duarte, el cura del pueblo, y Moisés Haro, el sacristán. Es el padre quien los recibe en primer lugar.

- Buenos días - saludó Duarte con voz ronca.
- Buenos días - respondió Ana María con timidez al ver el demacrado aspecto del párroco.

Desde luego, la cicatriz vertical que recorría su cara atravesando su ojo no inspiraba mucha tranquilidad. Lejos de eso, lo que verdaderamente inquietaba a Carmen era ver a tan alto hombre vestido con una sotana holgada, el alzacuellos y una cruz algo más grande de lo habitual.

Al ser martes, la iglesia estaba vacía y el padre se ofreció a enseñarles el edificio, además de contar su historia.

- Si se fijan, ahora nos encontramos en la nave central. Enfrente, sobre el altar, tenemos este maravilloso sagrario y la fuente bautismal. A cada lado de la nave tenemos seis columnas de mármol talladas con los doce apóstoles. A la derecha tenemos a Pedro, Santiago, Juan, Andrés, Felipe y Judas Iscariote. Y, en el lado izquierdo, se hallan Tomás, Santiago hijo de Alfeo, Bartolomé, Judas Tadeo, Mateo y Simón.

El retablo era de un pulcro color dorado y, cuando el sol entraba por la enorme vidriera que había sobre la puerta, ese color del oro bañaba todas las columnas blancas.

- Si son tan amables de acompañarme, les enseñaré también el patio - continuó Duarte con un exagerado entusiasmo -. Entre Moisés y yo plantamos todos los arbustos y flores que hay en este jardín. Los árboles, en cambio, tienen más años que nosotros.

El vergel era muy agradable: desde los caminos entre arbustos con árboles tapando el sol, pasando por las placitas con suelos que mostraban mosaicos de piedras pequeñas y las paredes de la iglesia en las que se apoyaban altísimos rosales, y acabando por los doce bancos que había repartidos por todo el patio donde uno podía sentarse a leer, hablar o simplemente disfrutar del santo entorno.

Entonces salió al patio Moisés Haro. Era un chico joven, de unos veinte años, pero su aspecto era verdaderamente deplorable: estaba encorvado, lo que llevó a la formación de una destacable chepa; la ropa y el pelo presentaban un gran descuido y los dientes, los que quedaban, estaban ennegrecidos y torcidos.

La presencia del sacristán incomodó de tal manera a los tres visitantes que estos no podían pensar en otra cosa que en marcharse.

Una vez finalizada la visita, la familia salió de la iglesia agradeciendo al padre por la explicación del lugar y se alejaron sintiendo un gran alivio.

Entonces, la familia tomó el camino de vuelta a la casa, pues era la una del mediodía y pronto habría que comer. Durante el trayecto,

Ana María comentaba lo incómoda que se sentía junto al cura, y a Carmen le daban repentinos escalofríos solo de recordarlo.

4

La persecución había llevado al fugitivo a una zona de montaña en la que su moto podía circular sin problema, pero los furgones de las autoridades tendrían dificultad en caber por los estrechos carriles de tierra. Por desgracia para el sospechoso, pero para alivio de los agentes, el camino se vio interrumpido por un río que atravesaba el carril, obligando al fugitivo a bajarse de la moto y continuar a pie.

Aprovechando ese momento de ventaja, un SEAT 132 de la Guardia Civil de color verde oscuro, lejos de detenerse también, dio un acelerón cruzando el río y cortando la única vía de escape.

Al ver que el sospechoso no iba armado, tres guardias saltaron sobre él y lo esposaron. Posteriormente, lo metieron en un furgón y esperaron a la llegada de Vicente González, un experimentado psicólogo encargado de hablar con el detenido para sacarle toda la información posible antes de que este pudiese hablar con un abogado o pensar en una coartada.

González llegó a los diez minutos, entró al furgón, pidió que le quitasen las esposas al sospechoso y comenzó con la conversación. Lo primero que quería saber era si el hombre presentaba algún síntoma propio de la psicopatía, para saber si él podría haber sido el asesino de las tres niñas encontradas hacía poco y de los animales mutilados.

- Buenas tardes, señor…
- Jiménez, Diego Jiménez - respondió el arrestado con voz ronca.
- Yo soy Vicente González, he venido para ayudarle a terminar con todo esto lo antes posible, pero tiene que colaborar - advirtió el psicólogo con tono serio y sereno.
- ¡Yo no he hecho nada! Ni siquiera sé por qué me persiguen.

- Porque usted ha huido, así de simple. Dígame una cosa, ¿tiene familia?
- Sí, tengo. En mi familia somos tres hermanos y mi madre, mi padre murió hace muchos años.
- ¿Y mujer?
- Mujer no, al menos no ahora. Estuve casado con una zorra que decía quererme. Después de pasar cinco años casados, tuvimos un hijo y ella quería que pasara más tiempo en casa para estar con el niño, ¿se lo puede creer? Yo no puedo cambiar mi vida para cuidar de nadie.
- Entiendo - afirmó Vicente mientras tomaba notas en su cuaderno negro -. Esto es todo lo que necesito saber de momento.
- Procure ayudarme, por favor. Pero, sobre todo, no intente engañarme o se arrepentirá - amenazó Jiménez con la mirada fija en los ojos del psicólogo.

Vicente no parpadeó.

- Mi único objetivo, señor Jiménez, es conocer la verdad. No temo ni a los mentirosos ni a sus amenazas.

El psicólogo salió del furgón mientras ponía la tapa a su bolígrafo y se lo guardaba en el bolsillo, y fue a hablar con el capitán de la Guardia Civil que se encargaba de ese caso.

No había pruebas que relacionasen a Diego Jiménez con el caso de las niñas, así que el fugitivo pudo irse, no sin antes pagar una buena multa por las molestias.

5

El olor a estofado hacía salivar las bocas de todos. Se repartieron la comida en los platos y comieron mientras conversaban.

- Yo no vuelvo a ir a esa iglesia - aseguró Carmen.
- No te preocupes por eso, no vamos a volver ninguno de nosotros - tranquilizó Juan.
- Bueno, dejemos ya el tema y comamos, que se enfría el estofado - dijo la madre con tono intranquilo.

Después de comer, los tres se tumbaron en sus camas para dormir la siesta.

A eso de las cinco de la tarde, se escuchó un fortísimo golpe seco que provenía de la plaza donde estaba la iglesia.

- ¿Qué ha sido eso? - preguntó exaltada Ana María.
- No lo sé, iré a ver - respondió Juan.
- Ten cuidado.

Juan se calzó, se puso su chaleco marrón y salió en busca del causante del ruido.

En un primer momento no vio nada, pero entonces escuchó el inconfundible sonido de una multitud de gente aplaudiendo. Al acercarse a una masa de personas reunidas frente a la iglesia, preguntó en voz alta qué hacían allí, pero no obtuvo respuesta.

Juan se abrió paso entre la turba y llegó hasta el centro para ver una terrorífica imagen: una cabra aplastada contra el suelo, destrozada por completo.

Entonces salió de la iglesia el padre Duarte y la gente comenzó a vitorear. El cura comenzó a dar un discurso:

- Con este sacrificio, doy comienzo a la más importante celebración del año: la semana de las almas. Pronto será la noche de las ánimas y lanzando a este chivo desde el campanario estamos invitando a todos los difuntos cuyos cuerpos descansan en el cementerio. Todos sabéis lo importante que va a ser esa noche… y también sabéis lo que debéis hacer entonces. Todos menos uno - continuó Duarte mientras alzaba el brazo para señalar a Juan.

El señor Ruiz, con las pulsaciones por los aires y un nudo en la garganta, salió corriendo de allí empujando a todos los que le estorbaban. Llegó a la casa enseguida, cerró la puerta con llave y echó los pestillos.

Subió corriendo para despertar a su mujer y a su hija, que habían vuelto a dormirse.

- Bajad todas al salón, tengo que contaros algo.
- ¿Qué ocurre? - preguntaron las dos al unísono.

Juan les explicó lo que había visto e insistió en que debían irse del pueblo de inmediato.

Ana María intentó tranquilizar a su marido y convencerlo de que solo se trataría de alguna rara tradición, o quizá de una broma pesada. En realidad, la mujer se había preocupado tanto como él, pero no le parecía que debieran irse de allí aún.

- Seguro que no es nada por lo que tengamos que preocuparnos - repitió la madre -, vuelve a la cama a ver si logras calmarte.

Pero Juan no volvió a la cama, seguramente no volvería a dormir en un par de noches, pues cada vez que cerraba los ojos podía ver nítidamente el cuerpo de la cabra, fracturado por completo, cuyos cuernos habían tocado los primeros el suelo provocando su hundimiento en el cráneo del animal.

El resto de la tarde la pasaron leyendo y hablando, intentando distraerse para no pensar mucho en todo lo que había ocurrido ese día.

Juan contó la historia de cuando se topó de frente con un rebaño de cabras en un pueblo de Granada un día de verano:

- Eran las doce de la noche y había salido a dar un paseo porque hacía mucho calor. Cuando llevaba media hora andando, empecé a escuchar el inconfundible sonido de unos cencerros a lo lejos, pero continué. De pronto, al girar en una curva del camino las vi, con sus ojos brillantes y rojos y sus caras inexpresivas. Del susto me caí hacia atrás y rodé hasta el río que corría junto al camino. Cuando pude salir de allí, ya no había cabras. Tardé un rato en recuperar el aliento y después volví a casa.

La familia no sabía cómo reaccionar a esa historia. Estaba claro que para él había sido una experiencia terrorífica, pero también era algo graciosa.

Al caer la noche, Juan apagó la chimenea, que había estado encendida toda la tarde, y los tres subieron a las camas. Aquella noche no se dormiría en la habitación de los padres de Carmen, aunque la joven sí pudo hacerlo.

CAPÍTULO 4
TERCER DÍA

Al salir el sol, Juan y Ana María se levantaron, dando por fracasado el intento de dormir. Mientras Carmen aún dormía, ellos bajaron al salón y encontraron en el suelo una carta que alguien había deslizado por debajo de la puerta. Ana María recogió la carta, la desplegó y leyó:

"A las 4 de la tarde tendrá lugar la reunión de los HAS en el ayuntamiento para tratar los temas relacionados con esta Semana de las Almas.

Fdo.: Enrique López"

- Esto me da muy mala espina, cada vez están ocurriendo cosas más extrañas - opinó Juan mientras doblaba la carta y la tiraba a la basura.
- A mí también me parece extraño, pero sabes lo que nos ha costado organizarnos para poder hacer este viaje. Creo que lo mejor que podemos hacer es pasar de todo este tema de la Semana de las Almas y hacer actividades normales por el pueblo. Por ejemplo, hoy tenía pensado que fuésemos al merendero que hay junto al río a pasar la mañana y, ya que estamos, comer allí también.
- Bueno, está bien. Supongo que pasar la mañana en la naturaleza me ayudará a tranquilizarme. Eso sí, la gente que vive en este pueblo está loca, eso es innegable.

Ana María subió a despertar a su hija y después preparó unos bocadillos para llevarlos al merendero.

Carmen bajó y se sirvió un vaso de agua. Mientras estaba dando un sorbo, vio de reojo la carta tirada en la papelera, miró a su

alrededor y, cuando se aseguró de que nadie miraba, la metió dentro de su libro.

Una vez estaba todo preparado, llevaron las bolsas con la comida y las mudas al coche y se dirigieron hacia el este del pueblo, donde estaba el río.

Cuarenta minutos de conducción por irregulares carriles más tarde, llegaron a las mesas de piedra que había en una llanura junto al río.

Allí sacaron hamacas, sandalias, bastones de senderismo y bolsas de comida. Eligieron una mesa para dejar las cosas y colgaron las hamacas de árboles gruesos y cercanos entre sí.

Los padres se tumbaron en sus respectivas hamacas y ambos se durmieron. Por otro lado, Carmen se acercó al río para ver las libélulas y los cangrejos. Un rato más tarde volvió con sus padres y, al ver que estaban dormidos, se alejó un poco y sacó de su mochila azul el libro que contenía la misteriosa carta.

Al leerla, el miedo y la intriga golpearon su estómago y decenas de preguntas asaltaron su mente: ¿qué pretenden los HAS?, ¿quiénes la conforman?, ¿por qué nos invitan?, ¿quién es Enrique López?... Pero una cosa sí estaba clara, tan pronto como terminaran de comer, había que volver al pueblo para investigar.

Una hora más tarde, siendo ya la una del mediodía, Juan y Ana María se despertaron, pero se quedaron tumbados un rato más, hablando.

- ¿Os habéis fijado en lo vacío que estaba hoy el pueblo? No nos hemos cruzado con nadie en todo el camino - dijo Juan tras emitir un largo bostezo.
- Sí, la verdad es que estaba todo muy tranquilo. Ni siquiera han tocado hoy las campanas de la iglesia - coincidió su esposa desde la otra hamaca.
- ¿Tenéis hambre? ¿Queréis ya vuestros bocadillos? - preguntó sin dilación Carmen.
- Está bien.

Los tres comieron sus bocadillos y, al terminar, se enjuagaron las manos en el río.

- La verdad es que se está muy bien aquí, podría quedarme en la hamaca tumbada todo el día - dijo Ana María mientras se secaba las manos con la falda de su vestido.
- Sí, pero deberíamos irnos ya, está empezando a dolerme bastante la cabeza - respondió la niña mientras se tocaba la frente.
- Si te tumbas un poco a la sombra y cierras los ojos, seguro que se te pasa el dolor.
- No lo creo, el dolor es muy fuerte y estoy empezando a marearme.
- Bueno, si no hay más remedio, tendremos que ir recogiendo. Compraremos algo dulce en el pueblo para que se te pase el mareo.

A Carmen se le escapó una leve sonrisa, por suerte su madre no la vio.

2

Esa mañana, en una casa de la capital zaragozana, se encontraba Vicente González, el psicólogo, estudiando el caso de Diego Jiménez.

Vicente colaboraba con la policía elaborando perfiles psicológicos de los criminales. Su despacho era una habitación oscura, pese a tener las paredes blancas, pues la única luz que había era un foco que miraba hacia la mesa de trabajo. Esta mesa estaba repleta de fotografías, informes policiales, cuadernos de notas y demás papeles relacionados con el caso.

Revisando unas notas que hablaban sobre una de las niñas asesinadas, leyó que en su casa tenían un gato negro. Este gato llevaba puesto un collar azul con una placa dorada en forma de corazón.

Justo al lado de estas notas estaba el informe escrito por la policía el día anterior. En la descripción de la casa donde se encontraron los animales mutilados, se mencionaba que uno de los gatos sin cola ni orejas era negro.

Vicente sintió cierta esperanza de poder resolver el caso, pero ahora le tocaba hacer de detective. A las once de la mañana, se montó en su moderno SEAT 133 y se dirigió a la casa del sospechoso.

Una vez allí, salió del coche, tiró la colilla del cigarro que iba fumando, la pisó y entró a la casa. El asunto había dejado muy pronto de ser noticia, así que ya no había gente husmeando por la zona.

Cuando llegó a la planta de arriba, advirtió que el hedor a muerte seguía allí, como un espíritu que se mantiene en su casa tras la muerte corpórea. La moqueta estaba endurecida por las manchas de sangre, ya completamente secas.

El collar del gato no aparecía por ningún lugar, pero entonces a Vicente se le ocurrió llamar a una de las científicas que había estado examinando la casa. Esta científica, Laura Peña, había sido amiga del psicólogo durante la adolescencia, y aún mantenían el contacto. Seguro que estaría dispuesta a ayudarlo.

Usando el propio teléfono de la casa en la que se encontraba, Vicente marcó el número del instituto de medicina forense de Zaragoza.

- Hola buenas, ¿quién llama? - respondió una señora, cuyo tono de voz la aproximaba a los sesenta años, quizá más.
- Hola, soy Vicente González, psicólogo colaborador de la Guardia Civil. Me gustaría hablar con Laura Peña, creo que aún no ha terminado su turno.
- Enseguida la llamo, estaba a punto de marcharse a comer.
- ¿Hola? - dijo Vicente un par de minutos después para comprobar si había alguien al otro lado del teléfono.
- Hola sí, ya estoy aquí - respondió Laura, casi sin aire -. ¿Ocurre algo, Vicente?
- Bueno, lo cierto es que necesito tu ayuda para resolver un caso. Tengo que encontrar un collar de gato para poder relacionar un par de sucesos que han ocurrido hace poco y, así, matar dos pájaros de un tiro.
- ¿Un collar de gato dices?

- Sí, un collar azul que podría haber estado en la casa donde se encontraron los animales mutilados, sé que estuviste allí recabando pruebas.
- Ah sí, ya me acuerdo del collar. Un collar azul con un corazón dorado. Lo tenemos aquí para hacerle unas pruebas e intentar saber a quién pertenecía el pobre gato.
- Pues ya no tienes que buscar más, sé perfectamente de qué gato se trata.

Vicente le explicó a Laura que el gato pertenecía a la familia de una de las niñas asesinadas.

3

A las dos y media la familia llegó de vuelta a la casa.

Carmen, que había ido todo el camino en coche asomando la cabeza por la ventanilla para que realmente pareciera que estaba mareada, pidió permiso para subir a su cuarto y tumbarse en la cama un rato.

- Claro que sí cariño, relájate y verás que pronto se te pasa - accedió algo preocupada Ana María.

La niña fue a su cuarto, sí, pero no se tumbó en la cama. En cambio, lo que hizo fue volver a sacar la carta y releerla.

- Tengo que hacerlo, tengo que ir al ayuntamiento - dijo Carmen en voz alta, pese a estar sola en la habitación.

La reunión comenzaba a las cuatro, y aún eran las tres, así que Carmen realmente pudo tumbarse un rato en la cama. Muy oportunamente, Juan entró a la habitación de la joven para comprobar cómo estaba justo cuando acababa de taparse con las sábanas.

- ¿Cómo te encuentras?
- No muy bien, no creo que dure mucho el mareo, pero de momento me duele bastante la cabeza.
- ¿Quieres que te traiga un trapo mojado y te lo pones en la frente, para ver si eso te alivia un poco el dolor?
- Vale.

Juan fue a la cocina, cogió el trapo con el que se secaban las manos después de limpiar la vajilla, y lo empapó de agua fría.

- Ahí tienes - dijo el padre mientras ponía lentamente el trapo sobre la frente de su hija.
- Muchas gracias papá.
- Bueno, ya no te voy a molestar más. Cuando sea la hora de cenar vendré a llamarte por si quieres comer algo. Ah, y si se te pasa el dolor, baja a avisarnos para que estemos más tranquilos.
- Muy bien, os avisaré.

Juan salió de la habitación y cerró la puerta. Carmen estuvo tumbada un rato más en la cama y después comenzó con su plan de huida.

La ventana de su habitación le permitía salir de la casa sin ser detectada, pero había una caída muy grande. Por suerte para la joven, recordó que tenía una maleta llena de ropa que podía usar para amortiguar la caída. El plan era arriesgado y quizá un poco doloroso, pero valdría la pena.

Carmen tiró toda la ropa por la ventana y, a continuación, saltó ella. Cayó de culo, así que este le dolía bastante, pero era ese tipo de dolor que te hace reír. Al ver que no había daños mayores, escondió la ropa como pudo detrás de unas hierbas y se dirigió al ayuntamiento.

Cinco minutos más tarde, la joven llegó a su destino. El edificio era un lugar muy frío, con poca personalidad. El gran reloj que había en la fachada marcaba ya las cuatro, así que la reunión debía haber comenzado.

Carmen entró sin ser vista por nadie, y entonces se encontró en una amplia sala en la que solo había una puerta; dos escaleras, una de subida y otra de bajada; y un tablero en el que había pinchados unos carteles que anunciaban las distintas festividades que se celebraban en el pueblo.

Entonces la niña comenzó a escuchar un leve murmullo que provenía de una planta inferior, y tomó las escaleras que bajaban.

Una vez en la planta de abajo, Carmen se encontraba frente a otra puerta. Ahora el murmullo se escuchaba con más claridad y

volumen, sin duda la reunión se estaba dando tras esa puerta.

La niña, con la mano temblorosa por el miedo, pero con el brazo guiado por la curiosidad, giró el pomo de la puerta y la abrió. Al abrirse, la puerta produjo un fuerte chirrido. Todos los presentes se callaron y miraron hacia atrás.

Entonces, el pulso de la joven, que ya iba bastante rápido, aceleró súbitamente y sus pupilas se dilataron por la poca luz que había en aquella sala. Lo siguiente que esta notó fue un fuerte olor a muerte, a descomposición, aunque ella aún no reconocía este olor.

La reunión constaba de unas cincuenta personas sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, todos vistiendo anchas túnicas negras. Sobre un escenario que había en el extremo opuesto de la habitación al que estaba la puerta, se encontraban otras dos personas, también con túnicas y sosteniendo un cuchillo de caza cada uno, y el cuerpo inerte de algún animal cuadrúpedo. Era prácticamente imposible identificar al animal, pues aquellos dos hombres que había sobre el escenario lo habían abierto en canal y le habían cortado la cabeza. Podría tratarse de un perro mediano, una cabra, un jabalí pequeño o cualquier otro animal parecido. Además, junto a esta pobre criatura había cinco botellas de vidrio que contenían su sangre todavía caliente.

Toda la iluminación de la sala la aportaban las innumerables velas negras y rojas que había sobre el escenario. Sus llamas se reflejaban en el techo con una suave danza.

Carmen dejó escapar un suspiro mientras todos los presentes la miraban, y entonces intentó salir corriendo. El cerebro de la joven enviaba señales de alerta a todo el cuerpo, pero este se negaba a responder. Sus piernas no se movían.

Para sorpresa de la niña, todos los participantes de la reunión volvieron a girarse y continuaron como si nada.

Carmen casi se desploma del susto, pero en ese momento logró tranquilizarse un poco. Por fin recuperó el control de sus piernas. Antes de irse intentó reconocer a las dos personas que había junto al animal, pero por la poca luz y las capuchas de las túnicas, no pudo hacerlo. Finalmente, cerró la puerta despacio y subió las escaleras a toda prisa.

Al salir a la calle, la niña vio una antigua fuente de piedra a la que daba sombra una gran encina. Se apresuró a beber agua, para lo que tuvo que ponerse de puntillas.

Estando la joven sentada en un banco, bajo la misma encina, pasó por allí cojeando un esquelético perro para beber agua. El animal se subió de un salto a la fuente y comenzó a beber directamente del chorro que caía, salpicando hacía todas las direcciones con cada lametón. El estado del perro era bastante preocupante: tenía algunas zonas sin pelo, le faltaba un trozo de la oreja derecha, algunos pelos del hocico estaban ya blanquecinos por la edad y, además, tenía los dos ojos completamente blancos. Los ojos blancos indicaban que el perro era ciego, pero eso no evitaba que este se moviera ágilmente sin problema alguno.

Cuando terminó de beber, bajó de la fuente de un salto y se fue trotando. En cuanto el animal desapareció de la vista de Carmen, que había estado mirándolo todo el rato, esta salió corriendo en su búsqueda. La niña debía ir rápido, pero también debía ser sigilosa para no espantar al animal.

Tras recorrer un par de calles detrás del magullado perro, la joven lo vio entrar a una cabaña de madera por un hueco que había en la puerta. La madera de toda la cabaña estaba en un avanzado estado de putrefacción y había huecos por todas las paredes.

Carmen, que había sentido lástima del animal, decidió adentrarse también en la oscura cabaña, porque en su mente infantil no cabía la idea de no ayudar a una pobre criatura hambrienta y coja.

Mientras tanto, Ana María, que había pasado toda la tarde recuperando las horas de sueño que su cuerpo necesitaba, decidió subir a la habitación de su hija para ver cómo se encontraba. Abrió la puerta lentamente intentando no hacer ruido por si la pobre estaba durmiendo.

- ¿Carmen? ¡Carmen! - llamó la madre en cuanto se dio cuenta de que las dos camas estaban vacías -. Carmen, ¿dónde estás? ¡Esto no hace gracia! - comenzaba a alterarse -. ¡Juan corre, la niña no está!
- ¿Cómo que no está? - preguntó el padre al entrar corriendo en la habitación.

- Como que no está, como que se ha ido.
- No puede ser, Carmen no nos daría un susto así. Espera, ¿qué es esto? - preguntó Juan mientras recogía la carta que recibieron esa mañana de la cama de la niña.
- No puede ser, seguro que ha ido a la reunión. Vamos, tenemos que ir a por ella - dijo Ana María mientras salía a toda prisa de la habitación.

4

Ahora que Vicente tenía algo que relacionaba a Diego Jiménez con el asesinato de las tres niñas, solo tenía que seguir indagando en el caso hasta que tuviera suficientes pruebas para arrestarlo.

El siguiente paso que daría sería ir a hablar directamente con él, con el psicópata despiadado que había arrebatado la vida de tres pobres niñas.

El problema era que Vicente no sabía dónde se encontraba Jiménez, pero sí recordaba que este tenía dos hermanos. Entonces pensó que podría hablar con dos guardias civiles, amigos suyos que habían trabajado juntos en otros casos, y quizá ellos podían darle más información.

Y así lo hizo. Esa misma tarde, Vicente y los dos guardias civiles fueron juntos a la cafetería que había enfrente de la comisaría en la que trabajaban estos.

- Bueno, ¿y para qué nos necesitas, Vicente? - preguntó el guardia más corpulento y alto, antes de limpiarse el café del bigote.
- Sí, nos has dicho algo de que necesitas encontrar a un hombre, pero nada más. Espero que no pretendas hacer nada… ilegal -. Continuó el otro, más delgado y bajo.
- Pues veréis, resulta que necesito encontrar a un hombre porque sospecho que ha cometido un crimen terrible, pero hasta ahora no ha habido pruebas suficientes para arrestarlo. Ahora que tengo pruebas, tengo que dar con él - Vicente hace una pausa para dar un sorbo a su café -. Sé

que no está en su casa, pero quizá esté en la casa de alguno de sus hermanos. Y por eso necesito vuestra ayuda, para saber quiénes son sus hermanos y dónde viven.

- En realidad eso es bastante sencillo. Para saber los parentescos de una persona y su domicilio, solo hay que consultar el padrón municipal - respondió el guardia civil alto.
- Eso es genial, pero supongo que yo no puedo ir al ayuntamiento y pedir que me dejen ver el padrón municipal por las buenas.
- No, tú no puedes, pero nosotros sí. Mira, yo puedo ir esta tarde al ayuntamiento y mañana te daré la información - continuó el más corpulento.
- ¿Así de fácil? - preguntó extrañado el psicólogo.
- Fácil sí, pero no gratis.
- Supongo que cuando acabe con el caso podré pagaros.
- No es dinero lo que nos interesa, los amigos no piden dinero a cambio de favores. Lo hemos estado hablando, y lo que queremos es que se sepa que hemos colaborado en este caso. Que cada periódico, emisora de radio o persona hable de cómo este caso fue resuelto por el psicólogo Vicente González y sus dos compañeros de la Guardia Civil.
- Supongo que eso puedo hacerlo, os incluiré en el informe y hablaré de vosotros a los medios. Al fin y al cabo, a mí no me interesa el mérito, solo quiero encerrar a ese cabrón.
- Hablando del cabrón, aún no nos has dicho como se llama.
- Se llama Diego Jiménez.
- ¿Ese no es el que huyó de la casa que estaba llena de animales muertos?
- El mismo, y ahora también es sospechoso de haber asesinado a tres niñas, por eso necesito encontrarlo.
- Bueno, pues lo dicho, mañana te entregamos la información que necesitas, pero no olvides tu parte del trato - reiteró el agente menudo.
- No lo haré, mañana nos vemos - se despidió Vicente, satisfecho.

El psicólogo volvió a su casa a descansar o, al menos, a intentarlo. Este caso estaba ocupando todo el tiempo de sus días, y casi podría considerarse una obsesión. Hasta que no resuelva el caso, no podré dormir, solía pensar.

5

Ana María y Juan corrieron a toda prisa hacia el ayuntamiento, pero cuando llegaron a este se encontraron con una multitud de gente que salía del edificio. Adentrándose en esta confusa marea de personas, los dos padres buscaban a Carmen y gritaban su nombre, pero no la encontraban.

Juan intentó hablar con muchas personas, por si habían visto a la niña, pero nadie parecía alterarse. Todo el mundo caminaba sin girar siquiera la cabeza, como autómatas sin alma.

Mientras tanto, Carmen estaba ya dentro de la misteriosa cabaña. Cuando entró, lo primero que vio, iluminado por la luz que se filtraba en la estancia por el hueco de la puerta, fue al maltrecho perro que se encontraba tumbado en una esquina, jadeando rápidamente. Pero no estaba solo. A su lado, medio oculta por sacos rotos y herramientas oxidadas, había una jaula metálica. En su interior, una figura negra se movía levemente mientras emitía un agudo lloriqueo. La criatura respiraba con dificultad.

Carmen se acercó con cuidado a la jaula, la agarró y la arrastró a la luz. Fue entonces cuando pudo ver que allí dentro se encontraba otro perro, pero esta vez era un cachorro. El animal debía haber nacido hacía un par de semanas.

Sobre una mesa improvisada, había una libreta abierta por la mitad, cuyas páginas estaban llenas de anotaciones crípticas, dibujos rudimentarios de cuerpos y fragmentos en latín. Algunas frases estaban subrayadas con fuerza, como si el autor quisiera asegurarse de que nadie las ignorara.

Carmen dio un paso atrás, el corazón lo tenía en un puño. Lo que había allí dentro no era normal, pero tampoco quería dejarlo allí solo.

La joven se guardó la libreta, liberó al cachorro de la jaula abriendo el sencillo cierre y salió corriendo de regreso a la casa. Aquellos perros le daban mucha pena, y las ganas que Carmen tenía de ayudarlos eran fuertes, pero aquella situación era del todo aterradora incluso para ella.

Los padres de la niña la habían estado buscando por todo el pueblo.

- Llevamos una hora buscándola y no ha aparecido, ¿no es posible que haya vuelto a la casa? - dijo Juan con lágrimas en los ojos y las piernas temblorosas por el cansancio.
- Supongo que es una opción. Lo que está claro es que nadie nos va a ayudar a buscar a nuestra hijita, y nosotros solos no podemos registrar todo el pueblo. Puede que lo mejor sea volver a casa y esperarla allí. Y si para esta noche no ha vuelto, denunciaremos su desaparición - coincidió Ana María.

Angustiados, volvieron corriendo a la casa, y al llegar vieron a Carmen sentada delante de la puerta, que estaba cerrada.

Al verlos llegar, la niña se levantó y corrió a abrazar a sus padres.

- Por favor, por favor perdonadme - rogó Carmen llorando, con la respiración entrecortada.
- Menos mal que estás bien, hija - dijo Ana María, también llorando, mientras abrazaba a la joven.
- ¿Por qué te has ido? Y, ¿dónde has ido? - preguntó Juan, intentando parecer frío, aunque era quien más se había asustado.

Ana María había conseguido no romper en llanto mientras buscaba a su hija, pero ahora que la tenía delante, las lágrimas brotaban de sus ojos sin remedio.

- Vamos dentro y nos cuentas por que lo has hecho. Luego pensaremos en cómo te vamos a castigar - dijo el padre, aun temblando de los nervios.

Una vez dentro, se sirvieron vasos de agua y los tres se sentaron en el sofá del salón.

- Hemos visto que tenías la carta en tu cuarto, ¿por qué la has cogido? - comenzó Ana María.

- Yo solo la vi y la cogí, quería saber lo que decía la carta. Y cuando leí lo de la reunión, quise ir a ver lo que era.
- Sabes que eso puede ser muy peligroso, a saber quien puede haber allí. ¿Te ha pasado algo? - preguntó preocupada la madre.
- No me ha pasado nada, pero la verdad es que todo era muy extraño - explicó Carmen -. El ayuntamiento estaba lleno de gente, pero todos se comportaban de una forma rara: se movían a la vez, llevaban la misma ropa y ninguno hablaba. Y también vi a dos hombres con capuchas que acababan de asesinar a un animalito.
- ¡¿Qué?! - exclamaron ambos padres al unísono. No daban crédito.
- Pero salí corriendo en cuanto pude y nadie me siguió.

Ana María y Juan se levantaron y fueron a un rincón de la habitación para que la niña no oyera la conversación.

- Si lo que dice es verdad, y yo no dudo que lo sea, en este pueblo se están haciendo cosas demasiado extrañas - susurró Juan.
- La verdad es que lo extraño se está convirtiendo en nuestro día a día desde que estamos aquí, y yo también creo que debemos hacer algo al respecto. Alguien puede salir herido a este paso - coincidió Ana María, mientras pensaba en una solución -. Debemos irnos, no hay más.
- Yo también lo creo. Ha sido complicado conseguir estas vacaciones, pero no vale la pena seguir aquí si lo estamos pasando mal.
- Carmen - dijo la madre alzando la voz y girándose hacia su hija -, hemos decidido que no vamos a castigarte. Comprendemos que estas vacaciones no te están sentando nada bien, a nosotros tampoco. Por eso vamos a pasar por alto el hecho de que te hayas escapado, pero hoy mismo vamos a volver a Granada.

La niña no quería irse, aunque no sabía muy bien el porqué. Las cosas que había visto hasta el momento eran aterradoras, pero

también intrigantes. Sin duda todo aquello se veía desde la mente de un niño como una gran aventura, como un misterio que resolver.

- Queréis iros porque me he escapado, ¿verdad? - preguntó cabizbaja Carmen.
- No cariño, no es eso. Es que tú padre y yo pensamos que ya hemos tenido bastantes vacaciones por un tiempo, solo eso.
- Anda, no estés triste. Cuando lleguemos a Granada te compraré unos cuantos libros para que te entretengas leyendo y olvides todo lo que ha ocurrido esta semana - animó Juan.

La pena no desapareció de la cara de Carmen, pero esta no quería discutir y subió a guardar sus cosas en la maleta.

Los padres hicieron lo mismo y, a las ocho de la tarde, empezaron a cargar todo el equipaje en el coche.

A eso de las nueve y media, siendo ya noche cerrada, la familia había terminado de subir todas sus cosas al coche. Cerraron la puerta de la casa con llave, guardaron la llave tras una maceta que había junto a la entrada y se montaron en el coche.

Juan, que iba a conducir de vuelta a Granada, sacó las llaves del coche de su bolsillo del pantalón y la introdujo en el bombín. Giró la llave, sonó un extraño rugido de motor, pero rápidamente se calló. Un par de intentos fallidos más tarde, decidieron bajarse para ver qué le ocurría al vehículo.

Juan levantó el capó del SEAT y, en principio, no vio nada extraño. No había ningún cable ni tubo roto, y el coche era demasiado nuevo para tener fallos en el motor. Sin embargo, cuando se acercó un poco más a la culata del motor, se dio cuenta de que faltaba una de las 4 bujías que hacían que el coche pudiera arrancar. La bujía faltante no se encontraba por ninguna parte, era como si la hubieran extraído del coche.

A esas horas de la noche, y en un pueblo tan pequeño, iba a ser muy difícil encontrar un taller mecánico abierto, pero había que intentarlo. La atmósfera del pueblo se había vuelto demasiado siniestra y asfixiante, por lo que la familia ni siquiera se planteó el

poder pasar una noche más allí, solo querían irse. Aunque quizás eso no iba a ser del todo decisión suya.

Las calles de aquella tranquila población se habían vuelto de algún modo peligrosas, por lo que ambos padres y Carmen debían permanecer juntos en todo momento. Los tres se adentraron en el pueblo en busca de algún taller o de alguien que pudiera ayudarlos.

Las calles estaban vacías, lo cual no era de extrañar debido a la hora, pero lo que sí sorprendía era que todas las luces de todas las casas estaban encendidas, sin ninguna excepción. Era como si el pueblo estuviese lleno de vida, pero de una vida que no debía ser vista.

De pronto, una silueta corpulenta comenzó a acercarse a la familia, difusa por la neblina, desde el otro extremo de una calle. Todos estaban paralizados de miedo, pero Juan se interpuso entre el extraño y su familia. Unos pasos más adelante, al desconocido individuo le empezó a alumbrar la cara una farola. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, con una frondosa barba y una ropa de estampado de camuflaje bastante desaliñada.

- No os alarméis, seguramente soy la persona de la que menos tendríais que preocuparos por aquí - trató de tranquilizar el hombre, que hablaba con un fuerte acento rural -. ¿Qué estáis haciendo aquí a estas horas… y en estas fechas?
- Verá señor - comenzó Juan, mientras recuperaba la compostura -, nosotros no pretendemos quedarnos más tiempo en Trasmoz, tan solo queremos marcharnos. El problema es que hemos tenido un contratiempo con el coche.
- ¿Qué clase de contratiempo?
- Falta una pieza, una bujía del motor.
- Lo que me temía: no se trata de un simple contratiempo, aquí hay gente que no quiere que os vayáis del pueblo.
- ¿Y eso por qué? - preguntó Ana María con tono exaltado, harta de no entender lo que estaba pasando.
- No es seguro que estemos hablando aquí, mejor vayamos a mi casa y allí os lo explico todo.

Probablemente, seguir a un hombre vestido de cazador hasta su casa, en un pueblo dejado de la mano de Dios, no era la idea más segura, pero tampoco lo era quedarse solos en su casa.

Durante el camino, el hombre dijo llamarse Salvador, un nombre que resultó ser bastante irónico debido a la situación. Su casa estaba a media hora andando desde la calle en la que se encontraban, adentrada en el bosque. Se trataba de una vivienda de una planta construida por completo de madera de castaño, con una robusta puerta principal y un par de ventanas de gablete en la cara frontal.

En el interior de la vivienda se aspiraban toda suerte de cálidos aromas: orégano, almendras, leña quemándose en una chimenea u horno. La primera habitación que se pisaba al entrar era la sala de estar, amueblada con un par de sofás, una gruesa mesa de roble y una chimenea de ladrillo.

Salvador animó a sus invitados a tomar asiento y comenzó a echar troncos en la chimenea. Acto seguido acercó una cerilla ardiendo a una piña y, cuando esta empezó a arder también, la arrojó al interior de la chimenea. Unas llamas blancas con las puntas amarillas comenzaron a brotar violentamente de la madera, escupiendo chispas hacia la habitación.

Mientras la casa empezaba a calentarse, el anfitrión se sentó en el sofá que quedaba libre y, para sorpresa de los convidados, emitió un agudo silbido.

Como respuesta a este, comenzaron a escucharse unos golpecitos en el suelo que cada vez se acercaban más. Cuando ya estaban lo suficientemente cerca, la familia pudo ver que se trataba de la mascota de Salvador: un alargado y juguetón hurón marrón y blanco.

El animal saltó al regazo de su dueño, pero rápidamente corrió hacia los invitados. Ana María dio un salto del miedo; Juan se mantuvo sentado, aunque en su cara se leía una expresión de asco, y Carmen optó por agarrar al hurón y estrecharlo en un suave abrazo.

El pequeño mamífero, satisfecho con su interacción con los extraños, bajó de nuevo al suelo y se alejó dando pequeños saltos con la espalda encorvada.

- Este es Dardo, el único que me da algo de compañía - presentó Salvador.
- Pues menuda compañía… - dijo Juan por lo bajo.
- Bueno, vamos con lo importante - comenzó a narrar el anfitrión -. Os he pedido que vinierais a mi casa por una razón, y es que no es conveniente que nos escuche ningún vecino del pueblo. Lo que parece ser un tranquilo municipio durante todo el año, no es más que una larga farsa. Resulta que todos y cada uno de los habitantes de Trasmoz pertenecen a un despiadado culto, se hacen llamar los HAS, hermanos de la antigua serpiente. La antigua serpiente es como llaman al diablo. Cada año se celebra la semana de las almas. Durante esta fiesta, que da la maldita casualidad que es esta misma semana, el culto hace una serie de sacrificios para honrar al rey del infierno. Los primeros días, estos sacrificios los sufren algunas cabras y perros pero, en la noche de las almas, que es el domingo, los sacrificios han de ser humanos. Yo llevo viviendo en este pueblo desde que nací y, por alguna extraña razón, aún no han intentado matarme ni captarme, y seguramente ya soy muy viejo para cualquiera de esas dos cosas. Os preguntareis por qué no he avisado a la policía, y la verdad es que sí lo he hecho. Han sido varias las ocasiones en las que he denunciado lo que ocurre aquí, pero nunca me han hecho caso. No es que no me crean, es más bien que no quieren intervenir.
- A ver si lo he entendido bien - respondió Ana María cuando por fin pudo procesar lo que había escuchado -, los habitantes de Trasmoz son en realidad un culto satánico que, justamente en esta semana, sacrifican a seres humanos como ofrenda al diablo.
- Exacto.
- Por lo tanto, todas las personas con las que hemos hablado desde que estamos aquí tienen la intención de asesinarnos.
- Sí, pero antes deben realizar un ritual. No sé muy bien en qué consiste, pero tengo entendido que hay personas que han logrado escapar justo en ese momento previo al

sacrificio. Mirad, no hay nada que me gustaría más que ayudaros a reparar vuestro coche para que podáis huir de aquí, pero no tengo la pieza necesaria. Lo único que puedo aconsejaros es que os escondáis bien hasta que pase esta semana, y entonces ya pensaréis en la manera de volver a vuestra ciudad. Seguramente podréis llamar a alguien para que os recoja, pero ahora mismo no es seguro.

- ¿Entonces qué podemos hacer? - preguntó Juan.
- Esperar, solo podéis esperar. Esta noche la podéis pasar en mi casa, mañana volveréis a la vuestra.

La familia iba a necesitar unas cuantas horas para asimilar lo que les estaba ocurriendo. Ninguno había reaccionado de una forma muy exaltada, pero sus cabezas no paraban de darle vueltas a lo que habían oído. A Ana María le dieron ganas de vomitar de nuevo, pero pudo reprimirlas.

Salvador los condujo a una habitación de la casa en la que se podrían tumbar esa noche. En este cuarto había una sola cama muy ancha, un escritorio y una estantería. La puerta debía dejarse abierta, pues también era la habitación de Dardo, y este salía a comer cada pocas horas.

Como era de esperar, a ningún miembro de la familia se le pasó siquiera por la cabeza dormir aquella noche. Juan y Ana María pasaron casi todo el tiempo pensando en qué debían hacer, aunque cada idea que tenían les parecía demasiado arriesgada y acababan descartándola. Mientras tanto, Carmen se acercó al escritorio, donde encontró una taleguilla de cuero. Al levantarla, se dio cuenta de que estaba llena de monedas, y vació su contenido sobre el escritorio. Eran monedas, sí, pero no eran pesetas normales. Se trataba de una colección de monedas antiguas, todas de España.

Había muchas monedas de la época de la dictadura, pero también las había anteriores, muy anteriores. La moneda más antigua de la colección era una de 80 reales de oro, correspondiente a los años de la invasión napoleónica de la península. En una cara de la moneda se podía ver, con dificultad por el desgaste, el busto de perfil de José I Bonaparte, rodeado por una inscripción: *"JOSEPH NAP. REX HISP ET IND"*. Y, en la cara opuesta, un escudo y unas letras ilegibles.

Carmen quedó fascinada por las monedas, incluso se le olvidaba de vez en cuando que estaban atrapados en un pueblo con varias decenas de asesinos.

CAPÍTULO 5
CUARTO DÍA

Al rayar el alba, la primera luz del día entraba por el hueco de la puerta entreabierta de la habitación.

Carmen se había quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre el escritorio a eso de las dos de la mañana. Al darse cuenta, Juan la tumbó en el camastro y la arrebujó con la sábana de la cama.

Alrededor de las siete, Juan y Ana María salieron del cuarto a beber agua y comenzar el espantoso día que se avecinaba. Cuando abrieron por completo la puerta, se encontraron con que Salvador estaba ya despierto y desayunando de pie en la cocina. O bien madrugó mucho, o tampoco durmió en toda la noche.

Salvador preparó dos cafés para sus invitados en una antigua cafetera italiana, y estos lo agradecieron y bebieron. Dardo entró corriendo a la cocina para beber agua de su cuenco de madera.

- ¿Cómo habéis pasado la noche? - preguntó cordialmente el anfitrión mientras dejaba las tazas vacías en el fregadero.
- Fatal, no hemos pegado ojo - respondió Ana María -. No podíamos dejar de pensar en qué podríamos hacer.
- Ya os dije lo que haría yo en vuestro lugar: esconderme en casa y esperar a que pasen unos días. El sacrificio en la noche del domingo va a tener lugar con vosotros o sin vosotros, probablemente buscarán otras víctimas si les poneis la tarea de atraparos difícil.
- Supongo que no tenemos otra opción pero, antes de nada, hay que ver cómo llegamos hasta la casa - terció Juan.
- Por eso no debéis preocuparos, de día no os pasará nada. El culto solo actúa de noche. De hecho, si nadie descubre

que sabéis de la existencia del culto, podréis hablar con los vecinos tranquilamente. Ellos seguirán haciendo como si nada.

- Bueno, no creo que vayamos a charlar con ningún vecino sabiendo que tienen intención de sacrificarnos, pero es bueno saberlo - dijo Ana María con tono sarcástico y resignado.

Mientras los adultos conversaban, Dardo corrió a la habitación en la que aún dormía Carmen y subió de un salto a la cama. Carmen abrió levemente los ojos y se encontró con la rosada nariz del hurón a dos dedos de su cara.

La niña se levantó y salió a la sala de estar, donde se encontraban sus padres. Estos le comentaron que debían salir cuanto antes y volver a la casa en la que se hospedaban, y que una vez allí tenían que asegurarse de que nadie podría entrar.

Los cuatro se pusieron sus abrigos, Salvador los acompañaría.

Eran las ocho de la mañana cuando salieron a la calle, asustados, esperando que no les pasara nada.

Anduvieron unos pocos minutos tranquilos, sin ver a nadie, pero al entrar de nuevo en el casco urbano de Trasmoz, el escenario había cambiado mucho. En todos los alféizares de las casas había velas encendidas.

- Hay una vela por cada fallecido de la casa que hay en el cementerio - explicó Salvador.

Además, en cada puerta había una cruz, unas más grandes y otras más pequeñas, unas de madera y otras de hueso, pero todas colgadas del revés.

Estando a punto de llegar a la casa rural en la que debía resguardarse la familia, una mujer salió de su casa y cruzó despreocupada entre Juan y Carmen. A estos se les aceleró el pulso, pero no pronunciaron palabra. La siniestra vecina del pueblo, de apariencia completamente ordinaria, se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza.

Veinte minutos después, que se sintieron como varias horas, la familia llegaba por fin a su casa.

Entonces, Juan notó unos crujidos bajo sus pasos y, al dirigir su mirada hacia el suelo, vio que había cientos de esquirlas de cristal. Se trataba de una ventanilla trasera del coche, alguien la había roto.

- Maldita sea, seguro que nos han robado todo lo que llevábamos en el coche - dijo Ana María con un tono que mezclaba pena y rabia.
- En realidad, parece que está todo dentro - aclaró Juan echando un vistazo al interior.
- ¡No está mi mochila! - exclamó Carmen -. Y sé por qué se la han llevado.
- ¿Por qué? - preguntó Salvador.
- Ayer encontré una libreta, y por lo que nos has explicado, parece que es algo muy importante para la secta. En ella había muchas cosas escritas y dibujadas, probablemente les hará falta para sus rituales.
- Esa libreta habría sido muy importante para detener al culto, o incluso como una prueba para denunciarlo. De haber sabido que la tenías, habría venido mucho antes a por ella. Por desgracia, hay que continuar con el plan de esconderse - concluyó Salvador desesperanzado.

Ahora la familia debía preparar la casa para que nadie pudiera entrar pero, ¿cómo?

Antes de despedirse, Salvador sacó de un bolsillo un puñado de clavos y de otro, un martillo. Se lo dio todo a Juan y les deseó suerte.

Ya era la mañana del sábado, por lo que el ritual tendría lugar al día siguiente. Si la secta quería secuestrar a sus víctimas, iba a ser ese mismo día.

2

Vicente despertó en su oficina a las siete de la mañana. Había pasado toda la noche pensando en lo que iba a hacer cuando viera cara a cara a Diego Jiménez.

Cuando su vista se acostumbró a la poca luz que había en la habitación, salió a revisar si había llegado el padrón del ayuntamiento.

Efectivamente, el sobre estaba en el buzón. Sus amigos no perdían el tiempo. De vuelta en la oficina, Vicente abrió el sobre y empezó a leer los folios en busca de la información que le interesaba.

Resulta que los dos hermanos de Diego vivían en una antigua casa en Litago, un municipio muy cercano a Trasmoz.

Sin más dilación, el psicólogo subió a su coche y se dirigió a Litago. Durante el camino, fue practicando la conversación y pensando en todas las posibles situaciones que podrían ocurrir. Quizá lo invitarían a pasar y conversarían tranquilamente, o quizá le cerrarían la puerta en las narices, con suerte.

Una cosa era segura, Vicente debía descubrir donde estuvo Diego el día previo a que encontraran a las tres niñas asesinadas en el bosque.

Al llegar a la dirección exacta que aparecía en el padrón, bajó del coche y llamó a la puerta. Se trataba de una puerta muy robusta y gruesa, acorde con las robustas paredes de piedra de la casa.

- ¿Hola? ¿Hay alguien aquí? - Llamó Vicente.
- Sí, ya voy - contestó una voz que resultaba muy familiar para el psicólogo -. ¿Quién es?

Tras escuchar esa segunda frase, no cabía duda de que esa voz era la de Diego.

- Abra por favor, necesito hablar con usted un momento - Vicente no quería revelar quién era porque, de hacerlo, probablemente aquella puerta se mantendría cerrada.

La puerta se abrió levemente, lo justo para que Diego y Vicente pudieran mirarse a los ojos por un instante. En un pestañeo, la puerta volvió a cerrarse.

- Solo quiero hacerle una pregunta, abra la puerta.
- ¿Por qué no se va por donde ha venido? ¿No tienen bastante con el dinero que me habéis quitado?

El tono fanfarrón con el que hablaba Diego sacaba de sus casillas a Vicente, que estaba intentando con todas sus fuerzas morderse la

lengua.

- Bueno, hablaremos pues a través de la pared - convino Vicente -. Seguramente se habrá enterado de lo que les ha sucedido a unas muchachas no muy lejos de aquí hace unos pocos días. Ha salido en los periódicos.
- Sí, me he enterado.
- Bien. Yo no lo estoy acusando de nada, que quede claro, pero me gustaría saber dónde estuvo usted aquel día.
- Estuve en esta casa todo el día, cogí un resfriado y no pude salir de la cama. Mis hermanos se lo pueden decir, estuvieron conmigo.
- No hace falta que me mientan más personas, sé perfectamente que está involucrado en el asesinato, pero parece que tendré que buscar las pruebas en otra parte.

Diego tragó saliva tan fuerte que se escuchó al otro lado de la puerta.

Vicente, convencido de que no sacaría nada más de Jiménez, volvió al coche rápidamente y se dirigió a Trasmoz. Si Diego estuvo allí, alguien del pueblo lo habrá visto.

Al llegar al pueblo, lo primero que notó fue la exagerada presencia de elementos esotéricos en las calles.

No había nadie en las calles. El pueblo tenía muy pocos habitantes, así que esto no era de extrañar.

El psicólogo decidió llamar una a una a todas las puertas hasta que alguien le dijera que vio a Diego.

3

Mientras que Ana María y Carmen recopilaban todo tipo de objetos para tapiar ventanas y la puerta principal, como sillas, taburetes, tablas de la mesa del salón, puertas de muebles…, Juan iba clavándolo todo a las paredes haciendo uso del martillo y los clavos de Salvador.

- Ya está, no podrán entrar a la casa - dijo Juan mientras recuperaba el aliento.

- Sí podrán, si se lo proponen - objetó Ana María -. Pueden utilizar herramientas. Esto puede ayudar, pero no será suficiente.
- ¿Y qué más podemos hacer? - preguntó Carmen, muy asustada.
- Tenemos que buscar un lugar en el que escondernos - sugirió la madre -. La chimenea es muy obvia, probablemente miraría ahí.
- Quizá detrás de algún mueble, o debajo de las camas.
- Bueno, vamos a buscar posibles escondites por toda la casa y después haremos propuestas - ordenó Juan.

Cada uno fue a una habitación en busca de lugares en los que podrían esconderse en caso de que los problemáticos vecinos de Trasmoz decidieran allanar la casa para secuestrarlos y hacer un sacrificio con ellos. Toda esta situación parecía una auténtica locura, una pesadilla, pero un pellizco no iba a hacer que todo terminase.

Había varias posibilidades, varios lugares. La bañera era una opción, pero realmente serán muy fáciles de encontrar allí. Bajo la litera del cuarto de Carmen podrían esconderse dos personas, pero no cabrían los tres.

Entonces, Ana María empezó a mover un aparador que había en la habitación de matrimonio, con la idea de ponerlo en diagonal contra una esquina y poder esconderse en el hueco que formará con la pared. Al arrastrar el mueble unos pocos centímetros, vio que comenzaba a aparecer un agujero en la pared, lo suficientemente alto como para que entrara alguien a gatas.

Al asomarse por el hueco, vio que los tres cabrían perfectamente. Sin duda, aquello lo habían hecho los dueños de la casa, probablemente para esconderse en la misma situación pero, "¿por qué nos han dejado venir a su casa si sabían lo que iba a ocurrir?", se preguntó inmediatamente Ana María. Luego, llamó al resto de la familia.

- No nos prestaron la casa para que estuviéramos cómodos. Nos la prestaron para tenernos localizados. Somos el ganado que han dejado estabulado para el domingo - dijo Juan enfurecido.

- Sí, y este agujero probablemente signifique que ellos también intentaron esconderse de la secta antes de participar en sus crímenes.
- Bueno, pero ahora mismo este hueco es lo mejor que tenemos, deberíamos meternos aquí y taparlo de nuevo con el mueble - opinó Carmen.
- Tienes razón, traeré agua y pasaremos toda la noche aquí - dijo Ana María -. Id al baño antes de entrar.

Juan y Carmen entraron en la pared los primeros. Ana María agarró el aparador y tiró de este a la vez que se introducía en el agujero.

El hueco era bastante espacioso, tanto que Carmen podía incluso estirar las piernas por completo. La oscuridad era total y el único sonido, que cada vez se oía más fuerte, era la respiración de la familia.

Una vez dentro, solo quedaba esperar, tal y como había dicho Salvador.

Juan llevaba un reloj de pulsera, por lo que el segundero de su muñeca sería el único juez del paso del tiempo en aquella tumba de ladrillo.

4

Vicente llevaba una media hora tocando a puertas. Los nudillos empezaban a dolerle, pero no podía parar.

Entonces, a una puerta negra metálica, sobre la que hacía contraste un cráneo blanco de venado, se asomó levemente una vecina.

- ¿Qué quiere? - preguntó la mujer.
- Muy buenas, me gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa.
- Adelante, pero que sea rápido… tengo cosas que hacer.
- Por supuesto, muchas gracias. ¿Conoce usted a Diego Jimenez?

- Y tanto que lo conozco, es muy buen muchacho. Es una persona muy querida en este pueblo.
- Entiendo - mirando sobre el hombro de la mujer, Vicente enfocó la vista en el interior de la casa. Fue en ese momento cuando vio un gran charco de sangre de color granate -. ¿Está todo bien? ¿Le ocurre algo?
- No no, está todo bien. ¿Sabe qué? Será mejor que acabemos ya con las preguntas - la mujer intentó cerrar la puerta, pero Vicente la bloqueó con el pie.
- Por favor señora, déjeme entrar. Si está en problemas, yo puedo ayudarla.

La vecina, que estaba visiblemente nerviosa, continuó en su intento de cerrar la puerta, hasta que lo logró.

¿Es que en este pueblo no ocurre nada normal? Se preguntó el psicólogo, harto de tanto misterio.

Vicente sabía que no iba a poder entrar en esa casa por las buenas, iba a necesitar la ayuda de las autoridades.

El charco de sangre era un indicio clarísimo de que en esa casa se estaba cometiendo un delito, quizá había una víctima esperando auxilio. Por lo tanto, si al día siguiente regresaba acompañado por la Guardia Civil, podrían entrar a la casa con o sin consentimiento.

5

La familia llevaba ya nueve horas dentro del hueco de la pared. La claustrofobia iba en aumento a cada minuto que pasaba.

De pronto, comenzaron a oírse forcejeos y golpes que provenían de la planta inferior. Los golpes, secos y contundentes, estaban además muy sincronizados: un golpe al segundo, contó Carmen.

Un par de minutos después, se escuchó el impacto de los apuntalamientos de madera cayendo al suelo.

No cabía duda, habían entrado en la casa.

Entonces hubo un momento de silencio, pero fue rápidamente interrumpido por el sonido que hacen los muebles cuando son arrastrados.

- ¿Nos van a encontrar? - susurró Carmen con la voz temblorosa. Nunca había pasado tanto miedo.
- No cariño, no nos encontrarán - trató de consolar su madre.

Poco tiempo después, comenzaron a escucharse unos pasos que se dirigían escaleras arriba. Después, fueron directos hacia el dormitorio principal, donde se encontraba la familia.

El intruso comenzó a registrar la habitación. Mientras tanto, los latidos del corazón de Juan eran tan fuertes y rápidos que podían oírse a varios metros de distancia, pues su adrenalina estaba aumentando. Se estaba debatiendo entre mantener la calma y esperar a que todo pasara, o salir a confrontar a quien sea que estuviera en la habitación. Finalmente, tomó la primera opción.

Cuando los pasos se dirigían hacia la puerta de la habitación, comenzaron a subir más personas a la primera planta.

Desde el socavón se podía oír una voz.

- ¿Los habéis encontrado? - preguntó una voz que a Carmen resultaba desagradablemente familiar.
- No hemos visto a nadie.
- Bien, entonces ya sabemos dónde están.

Al oír esas palabras, a la joven se le erizó la piel de los brazos y la espalda.

- ¡Oh, no! Es el cura - sollozó la niña.

Los pasos de todas las personas volvieron a dirigirse al dormitorio.

De pronto, el aparador fue arrastrado con fuerza, descubriendo el hueco de la pared y dejando entrar a este una luz cegadora, después de casi diez horas de completa oscuridad.

La familia gritó al unísono, pero aquello no les serviría de nada.

- Aquí están.
- Sacadlos de ahí.

Primero agarraron a Ana María por los tobillos. Esta lanzaba patadas con todas sus fuerzas, pero finalmente fue arrastrada hasta el centro de la habitación. A continuación hicieron lo mismo con Carmen y con Juan.

Los vecinos de Trasmoz taparon las cabezas de sus cautivos con sacos de rafia y los llevaron a rastras por las calles del pueblo.

Durante todo el camino, la familia lloraba desconsoladamente. Mientras tanto, los adeptos cantaban canciones oscuras e iluminaban el camino con candelabros.

Esta marcha macabra, que recordaba a la archiconocida leyenda de la Santa Compaña, recorrió todo el pueblo hasta que salió de este y se adentró en el bosque. Al poco rato llegaron a un calvo, a una zona sin vegetación, pero completamente rodeada de pinos, aislada.

- Dejadlos por aquí - ordenó Duarte -. Y quitadles ya los sacos.

Cuando Ana María miró a la cara a Carmen, que mostraba una expresión de completo horror, no pudo evitar chillar con todas sus fuerzas y maldecir a todos los presentes. A Juan sin embargo le estaba consumiendo más la rabia que la pena. Solo deseaba poder zafarse de las cuerdas que mantenían sus manos unidas tras su espalda.

Aquel claro en el bosque estaba repleto de gente, al menos había unas ochenta personas. Todos vestían tunicas negras y llevaban capuchas que imposibilitaban su identificación.

De pronto, uno de los presentes alzó una mano y se quitó la capucha, mostrando su rostro. Se trataba del alcalde, quien volvió a sonreír del mismo modo inquietante que lo hizo unos días atrás, en la verbena. Entonces se dirigió al centro del tumulto, donde se encontraban los cautivos.

- Bienvenidos una vez más a la noche más importante del año - dijo el alcalde -. Este será un momento especialmente importante para ustedes - apuntó mientras miraba a la familia -. Seguramente se preguntarán qué hacen aquí, por qué son ustedes los que van a sufrir este destino. Porque no nos engañemos, no van a disfrutar tanto como nosotros. La cuestión es que es mejor que no se hagan muchas preguntas. Han acabado aquí por mala suerte, o quizá todo forme parte de un plan divino, un plan que no podremos conocer jamás. Lo que va a ocurrir mañana va a ser algo impactante, sí, pero muy necesario. Cuando este pueblo fue abandonado por Dios, no nos emancipamos de toda divinidad. Por suerte, nos acogió un ser muy poderoso, un

ser que hace que nuestras tierras sean fértiles y nuestros ríos caudalosos. Un ser que ayuda a que nazcan los animales, y también a que mueran. Se trata del mismísimo Lucifer o, como nos gusta llamarlo, la Antigua Serpiente. Por supuesto, todo lo que hace por nosotros no es gratis, al igual que no lo sería para Dios. Por eso, una vez al año debemos hacer una ofrenda, un sacrificio, aunque este año serán tres.

- Exacto - continuó el párroco -. Pero los sacrificios no tendrán lugar hasta mañana, digamos que son la guinda del pastel. Hasta entonces, hay mucho más que hacer.

Cícero Duarte ordenó a un adepto que trajera unas ramas de estramonio, una hierba venenosa que se utiliza en diversos rituales. Entonces, hicieron un montón y encendieron una gran hoguera. El humo era negro y denso. Tras inhalar un par de veces el humazón, tanto la familia granadina como parte de los vecinos del pueblo comenzaron a experimentar alucinaciones. Oían voces que gritaban y lloraban, y todo lo que veían se hacía muy pequeño, para después crecer considerablemente a gran velocidad. Muchos de los miembros del culto tuvieron que sentarse para evitar desplomarse mareados.

A continuación, el cura pidió que le trajeran una mochila, que en su interior contenía varios frascos.

- Cada uno de estos frascos lleva en su interior la esencia de una vida, el valor de un sacrificio - explicó Duarte -. Los cuatro frascos más pequeños contienen la sangre de varios animales, desde una cabra hasta unos gatos. Y los tres de mayor tamaño… Bueno, quizá lo quieres explicar mejor, Diego.

De la masa de fieles emergió un hombre, que también se quitó la capucha. Se trataba de Diego Jiménez.

- Efectivamente, el contenido de estos tres frascos no es cualquier cosa. Desde luego no es miel, ¿verdad mamá? - La anciana que guió a los granadinos por el jardín botánico era la madre de Diego, ella le dio los frascos. Resulta que el verdadero dueño del jardín era Jiménez, y su madre simplemente se encargaba de la miel. Se escuchó una

carcajada histérica, sin duda provenía de la anciana -. No, este líquido rojo oscuro, quizá lo más oscuro que da la naturaleza, es la sangre de tres jóvenes. Verán, yo no quería asesinarlas, al menos no tan pronto. Mi plan era traerlas al pueblo y utilizarlas para el ritual, pero intentaron escapar. Al parecer, no les até lo suficientemente fuerte las cuerdas de los tobillos, y consiguieron soltarse. Después empezaron a correr, así que tuve que perseguirlas. No iban muy deprisa, pude darles alcance pronto. El resto se lo pueden imaginar, al fin y al cabo la noticia se ha hecho famosa. El caso es que aquello fue muy desafortunado para las niñas, pero también lo será para ustedes - giró la cabeza para mirar a la familia, especialmente a Carmen -. Serán sus sustitutos.

- Se preguntarán por qué hemos guardado la sangre, y la verdad es que esto es una cuestión de tradición - comentó el cura -. Y la tradición reza que la noche previa a los sacrificios se deberá llevar a cabo un bautizo de sangre. Este bautismo consiste en utilizar este crúor para hacer una serie de dibujos, de símbolos, sobre la piel de los sacrificios. Y, según la tradición, esto debían hacerlo los más jóvenes del pueblo.

Para sorpresa y repulsión de la familia, cinco niños, también vistiendo túnicas negras, se acercaron y recibieron un pincel cada uno. Entonces agarraron los frascos y mojaron en ellos los pinceles, listos para comenzar a dibujar. Probablemente estos niños, que el mayor apenas superaba los siete años, no entendían lo que estaba ocurriendo.

Lo primero que dibujaron fue un pentagrama invertido en la frente de cada uno de los cautivos, y después comenzaron a hacer círculos por todo el cuerpo. En las palmas de las manos dibujaron un Ojo de la Providencia y, por último, en los antebrazos izquierdos escribieron la siguiente frase: “Sangre para la raíz, silencio para el pueblo”.

A partir de entonces, la humilde familia granadina que estaba tomando unas vacaciones, alejados del día a día que tanto los martirizaba, dejó de serlo por completo. Ahora eran meras ofrendas esperando su final.

CAPÍTULO 6
QUINTO DÍA

El psicólogo había vuelto a su casa, decepcionado por no haber podido escuchar un solo testimonio que inculpara a Jiménez.

Sin embargo, ahora tenía un propósito más urgente. Durante toda la tarde del sábado, Vicente se dedicó a hablar con sus amistades de la Guardia Civil, ellos podrían ayudarle.

"Estás pidiendo demasiado", le decían. Pero Vicente sabía que aquello era importante, que merecería la pena para todos. Finalmente, tras varias horas de súplicas, sus viejos compañeros accedieron a acompañar a Vicente hasta la casa de Trasmoz.

A las siete de la mañana, siendo aún de noche, Vicente subió a un coche de la Guardia Civil y tomaron rumbo al pueblo.

El coche circulaba despacio, los agentes iban de paseo. Aún no se tomaban en serio el caso.

Para cuando llegaron a Trasmoz ya había amanecido. Los oficiales se sorprendieron al ver el decoro de las calles, pese a que Vicente ya les había explicado lo de las velas, que ahora estaban apagadas, pues no quedaba gente en el pueblo que las encendiera, y las cruces.

Pararon el coche frente a la casa en la que el psicólogo encontró el charco de sangre y los tres pasajeros se bajaron. Vicente llamó a la puerta a la espera de que la misma mujer del día anterior abriera, pero esta vez no hubo respuesta. Tocó una segunda y una tercera, pero nada.

- Parece que no hay nadie, Vicente - dijo uno de los agentes.
- Puede que no, pero sé lo que vi ayer - se defendió el psicólogo.

Entonces el otro agente miró por una ventana de la casa, haciéndose sombra con las manos frente a los ojos, y vio el mismo reguero de sangre, ahora seco y adherido al suelo.

- Muy bien, vamos a entrar - dijo el guardia civil separándose de la ventana y dirigiéndose a la parte posterior del coche, de donde sacó una palanca de hierro.

El agente colocó la palanca entre el marco y la puerta y tiró hasta que el pestillo saltó con un crujido metálico.

Al entrar en la casa, el olor metálico de la sangre entró en los cuerpos de los agentes y el psicólogo como un golpe gélido y punzante, una presencia invisible que se les instaló en el paladar.

Además de la sangre, en aquella casa no había nada extraño. Ni siquiera estaba la fuente del charco.

Registrando la sala de estar, Vicente encontró un sobre. Al abrirlo, sacó una carta que rezaba:

"El domingo al amanecer tendrá lugar el tan esperado sacrificio del día de las ánimas. Al igual que todos los años, tendrá lugar en el bosque al este del pueblo. Los preparativos comenzarán la noche anterior, serán puntuales.

Fdo.: Enrique López"

- ¿Enrique López? ¿El alcalde? - preguntó extrañado uno de los agentes.
- Tenemos que ir allí ya. Sabía que estaba ocurriendo algo extraño en este pueblo, pero jamás habría pensado en un sacrificio - dijo alarmado Vicente.

Los tres subieron a toda prisa en el coche y se dirigieron al bosque. Rápidamente salieron del pueblo y continuaron por un descuidado carril que se adentraba en la densa arboleda, pero el camino no llegó lejos.

- Hay que seguir a pie - indicó Vicente.

El oficial que había conducido pidió refuerzos por la radio del coche e indicó donde se encontraban.

Sin esperar a que llegara la ayuda, los tres hombres corrieron en la dirección que habría tomado el carril si fuera más largo. Pronto

otearon una columna de humo negro que ascendía al cielo, ya sabían exactamente hacia dónde ir.

Los agentes se agacharon para no ser descubiertos y se acercaron al claro en cuclillas, Vicente los seguía del mismo modo.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, descubrieron la horripilante escena que estaba teniendo lugar. Habría ya más de cien personas alrededor de la familia cautiva. El cura, el alcalde y Diego Jiménez se situaban tras los granadinos, portando largos cuchillos sastaguinos.

Entonces, Cícero Duarte alzó el puñal hacia el cielo nublado, negro, con los ojos inyectados en sangre. Su voz no era la de un hombre de Dios, sino un siseo antiguo que parecía surgir de las grietas de la tierra:

- *Non in caelo, sed in terra. Antiqua Serpens, accipe hoc sanguinem purum...*

Las víctimas, aun aturdidas por el estramonio, no sabían latín, pero las palabras les golpeaban como piedras. «No en el cielo, sino en la tierra», parecía decir aquel monstruo. Estaba entregando su «sangre pura» a la «Antigua Serpiente».

- *Excommunicati sumus, et in tenebris regnamus!* - bramó el clérigo al unísono con el siseo de los vecinos -. «Estamos excomulgados, y en las tinieblas reinamos».

Los líderes del culto se disponían a sacrificar a los cautivos pero, justo antes de poder hacerlo, Vicente salió de la maleza en la que se escondía y se abalanzó contra el cura. Jiménez y Enrique, el alcalde, se detuvieron al instante.

Entonces comenzó un forcejeo que se detuvo con el sonido de dos disparos consecutivos. Los agentes salieron también al claro, aun sabiendo que muchos de los presentes huirían del lugar.

- ¡Tirad los cuchillos! - exclamó un guardia civil mientras apuntaba con su arma al alcalde. El otro agente tenía encañonado a Diego.

Los fanáticos obedecieron y soltaron los cuchillos. Mientras tanto, algunos de los adeptos corrieron hacia el bosque. Otros tantos, sin embargo, se quedaron paralizados en el sitio.

Entonces, un contingente de más de veinte oficiales armados llegó al lugar.

- ¡Todo el mundo de rodillas! - vociferaban varios agentes.

Todos los miembros de la secta se arrodillaron mientras Vicente y Duarte se levantaban.

Los guardias civiles comenzaron a esposar a todo el mundo.

El psicólogo caminó con dificultad hacia los cautivos.

- ¿Estáis bien? - preguntó mientras los liberaba de las cuerdas.
- Sí, lo estamos - contestó Juan temblando. Ana María lloraba sin parar y Carmen tenía la mirada perdida, ausente por completo.

Vicente esbozó una amplia sonrisa y se desplomó repentinamente.

Sus amigos agentes corrieron a socorrerlo y vieron que de su camisa brotaba una hemorragia muy grave. Al lanzarse sobre el cura, su cuchillo había atravesado al psicólogo por completo.

Uno de los agentes se quitó la chaqueta y la utilizó para presionar la herida mientras el otro corría al coche para pedir una ambulancia.

Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano. Los ojos de Vicente se entreabrieron, inertes, y de su boca escapó un leve suspiro.

Las víctimas de la secta fueron acompañadas a un coche patrulla y, posteriormente al hospital. Además de unos cuantos arañazos, ninguno presentaba heridas graves, al menos no físicas.

Aquella tarde fueron arrestados unos sesenta vecinos de Trasmoz.

Vicente fue trasladado al hospital Casa Grande, donde no pudieron hacer nada por salvarlo. Treinta y cinco horas más tarde tuvo lugar su funeral. Decenas de amigos y familiares se despidieron de él aquel día. Incluso estuvieron presentes durante su entierro los más de veinte agentes que participaron en este caso.

El héroe siempre paga un precio muy alto.

EPÍLOGO

Otoño de 1980, Castilla-La Mancha. Había estado lloviendo tres días sin parar, pero hacía un par de horas las nubes se habían descompuesto y el sol regresaba triunfante, más blanco y brillante que nunca.

Los pájaros alzaban el vuelo, despavoridos, cuando oían el rugido de una Bultaco Metralla GT 250 que pasaba a velocidad de infarto junto a los árboles.

En esta moto viajaban Manuel Ortiz y Elena Vázquez, una joven pareja madrileña. Se acaban de casar, y ahora iban a hacer su viaje de novios. El destino del viaje era Trasmoz.

- Deberíamos parar pronto, se me están acalambrando los gemelos - gritó Elena, para hacer a su voz un hueco entre el ruido del aire y del motor.

Manuel asintió con la cabeza.

Un par de kilómetros después, dentro ya de la provincia de Guadalajara, tomaron un desvío que conduce a una gasolinera.

La moto tenía aún medio depósito lleno, por lo que no haría falta repostar.

Manuel aparcó la moto frente a un mesón que había junto a la gasolinera, y ambos se bajaron para estirarse y andar un poco.

Pronto caería la noche, y a Elena le preocupaba que les pillara aún de camino. Ninguno de los dos sabía cuánto tardarían en llegar a Trasmoz, así que decidieron preguntarle a un hombre que estaba sentado en el escalón de la entrada del mesón, fumando un cigarro.

- Buenas tardes, disculpe. ¿Sabría usted por casualidad a cuánto tiempo estamos de Trasmoz? - preguntó Elena con una voz irritantemente aguda, siempre ponía esa voz cuando sentía vergüenza.
- ¿Trasmoz? Sí, estamos a unas dos horas del pueblo.

- Muchas gracias. Una pregunta, usted es la primera persona que vemos desde hace mucho rato. No hemos visto ni un solo edificio en la última media hora de camino, aparte de esta gasolinera, claro. ¿Qué hace usted por aquí?
- Verá, yo soy camionero, y frecuento mucho esta carretera. Aunque esa no es la razón por la que hoy estoy aquí. Resulta que yo también voy a Zaragoza.
- ¿Ah, sí? Qué casualidad - respondió Elena genuinamente sorprendida -. Nosotros vamos de viaje, acabamos de casarnos.
- Enhorabuena, me alegro mucho por vosotros, de veras. Sin embargo, mi viaje es por una razón algo más triste.
- ¿De qué se trata? Si no le importa decirlo.
- Para nada. Estoy yendo al cementerio a visitar a un viejo amigo. Era un buen hombre, desde luego. Murió hace un par de años.
- Lo siento mucho.
- No lo sienta, al menos murió por una muy buena causa.
- ¿Cuál es esa causa? - preguntó la joven intrigada.
- Bueno, digamos que gracias a él, hoy podéis viajar a Trasmoz sin correr peligro.

Esta conversación había dado que pensar a Elena, pero ahora era el momento de volver a la carretera y continuar el viaje.

- Dele las gracias de nuestra parte entonces. Y muchas gracias a usted también. Tenemos que irnos ya.
- Lo haré. Y estén alerta, la carretera es larga y Trasmoz... bueno, Trasmoz siempre ha sabido guardar sus secretos. Tengan cuidado con la niebla.
